

Esta erudición de estudiante de sùmulas hizo reir, á pesar suyo, á mi enemigo; propúsome un armisticio, y concluimos un tratado; ya me avine á ponerme á discrecion del abate, el cual tuvo á bien sustraerme del castigo que habia rechazado. Cuando el excelente cura pronunció mi absolucion, le besé la manga con tanta efusion de alma y de reconocimiento, que no pudo menos de echarme su bendicion. Asi terminó el primer combate, en el cual me obligó á rendirme este honor, que ha llegado á ser el ídolo de mi vida, y al cual he sacrificado tantas veces reposo, placeres y fortuna.



ALLI ES DONDE YO ME HE EDUCADO.

principal; de consiguiente marchemos por aquí.» Mr. Leprince refirió por la noche á mi padre este incidente, que bastó para revelar al futuro viajero. Cuando despues he visto ponerse el sol en las selvas de la América, no podia menos de acordarme de los bosques de Combours: mis recuerdos se hacen eco.

El abate Leprince deseaba que me diesen un caballo; pero mi padre era de opinion que un oficial de marina no debia saber manejar mas que su buque. Veíame reducido por tanto á montar á escondidas dos enormes yeguas de tiro, ó un caballazo pio, el cual no era, como el pio de Turenne, uno de esos corceles llamados por los romanos *desultorios equos*, y adiestrados para socorrer á su dueño; era un Pegaso luná-

Las vacaciones, durante las cuales cumplí doce años, fueron tristes: el abate Leprince me acompañó á Combours, y no salia sino con él: la mayor parte de los dias dábamos largos paseos sin determinada direccion. El pobre hombre se moria de tisis, y de consiguiente estaba melancólico y taciturno; tampoco yo me hallaba muy alegre. Muchas veces caminabamos horas enteras uno en pos de otro sin hablar una palabra. Un dia, que nos estraviabamos en los bosques, se volvió Leprince hácia mí, y me dijo: «¿Qué camino deberemos seguir?» Yo le contesté sin vacilar: «El sol toca ya á su ocaso; á estas horas da en la ventana de la torre

tico, de endiablado trote, que me mordía las piernas cuando queria obligarle á saltar alguna zanja. Los caballos no me han llamado nunca la atencion, aun cuando he traído á veces la vida de un tártaro, y, contra los efectos que mi primera educacion hubiera debido producir, monto con mas elegancia que seguridad.

Las tercianas, cuyo germen habia traído de las marismas de Dol, me libertaron de Mr. Leprince. Acertó á pasar por la aldea un curandero, que llevaba, entre otros antidotos, el de las tercianas, y mi padre, que no tenia confianza en los médicos y creia en los charlatanes, envió á llamar al empírico, el cual declaró que me curaria en veinte y cuatro horas. A la mañana siguiente volvió vestido con una casaca verde guarne-

cida de galon de oro, con peluca empolvada, anchos vuelos de muselina sucia, llenos los dedos de brillantes falsos, con calzones de raso negro usado, medias blancas azuladas, y zapatos con lazos enormes.

Abrió las cortinas de mi cama, me tomó el pulso, me hizo sacar la lengua, murmuró con acento italiano algunas palabras acerca de la necesidad de purgarme, y me dió á comer un pedacito de caramelo. Mi padre aprobaba el método del curandero, porque estaba

empeñado en que todas las enfermedades proceden de indigestion, y en que para toda especie de males era preciso purgar á su hombre hasta que no le quedase en el cuerpo otra cosa que sangre.

A la media hora de haber tragado el caramelo me vinieron unos vómitos horribles: pusieronlo en conocimiento de Mr. de Chateaubriand, y queria arrojar al pobre diablo por la ventana de la torre. Espantado este, se quitó la casaca, se remangó los vuelos de la



BOSQUE DE COMBOURG.

camisa, y principió á hacer los gestos mas grotescos. A cada movimiento que hacia giraba su peluca en diversas direcciones: repetia mis gritos como un eco, y añadia despues: *¿Qué es esto, mousv Lavaudier?* Este Mr. Lavaudier era el farmacéutico de la aldea, al cual habian llamado para que viniera en mi auxilio. En medio de mis dolores, yo no podia decir si eran

las drogas de aquel hombre las que me mataban ó las carcajadas que me arrancaba á despecho mio.

Contuviéronse al fin los efectos de aquella excesiva dosis de emético, y principió á restablecerme. Durante toda la vida no hacemos mas que vagar en torno de la tumba; nuestras diferentes enfermedades son unas ráfagas que nos aproximan mas ó menos al puer-

to. El primer muerto que he visto era un canónigo de Saint-Malo, que yacía sobre su lecho, y cuyo semblante estaba descompuesto por las últimas convulsiones. La muerte es hermosa y amiga nuestra; pero no la reconocemos, porque se presenta á nosotros enmascarada, y su careta nos infunde espanto.

Al terminar el otoño volvieron á enviarme al colegio.

La Vallée-aux-Loups diciembre de 1815.

INVASION DE LA FRANCIA.—JUEGOS.—EL ABAD DE CHATEAUBRIAND.

Desde Dieppe, adonde se me habia obligado á refugiarme por una orden expresa de la policía, se me permitió regresar á La Vallée-aux-Loups, en donde continuo mi narracion. La tierra tiembla bajo los pies del soldado extranjero que en este mismo momento invade mi patria: escribo, como los últimos romanos, al ruido de la invasion de los bárbaros. De día trazo páginas tan agitadas como los sucesos de la época (1); por la noche, mientras que el estruendo lejano del cañon espira en mis bosques, vuelvo los ojos al silencio de los años, que duermen en la tumba á la par de mis recuerdos de la infancia. ¡Qué corto y estrecho es lo pasado de un hombre al lado del vasto presente de los pueblos y de su inmenso porvenir!

Las matemáticas, el griego y el latin me absorbieron todo el invierno en el colegio. Las horas que no estaban consagradas al estudio, las dedicaba á esos juegos del principio de la vida, los cuales vienen á ser unos en toda la tierra. El muchacho inglés, el italiano, el español, el iroqués y el beduino, se entretienen en hacer rodar el aro y en jugar á la pelota. Los muchachos de todos los países, hermanos de una gran familia, no pierden los rasgos de su semejanza hasta que pierden su inocencia. Modificadas entonces las pasiones por los climas, los gobiernos y las costumbres, las naciones difieren entre sí, y el género humano cesa de entenderse y de hablar un mismo lenguaje: la verdadera Babel es la sociedad.

Una mañana, que estaba muy entretenido con una partida de barra en el patio grande del colegio, me pasaron recado de que preguntaban por mí. Seguí al criado hasta la puerta exterior, y hallé en ella á un hombre grueso, colorado, de bruscos é impacientes modales y aire feroz, el cual llevaba un baston en la mano, una enorme peluca negra mal hecha, una sotana desgarrada y recogida en la faja, zapatos llenos de lodo, y medias agujereadas por el talon: «Pillastruelo, me dijo sin andarse en chiquitas, ¿no sois el caballero de Chateaubriand de Combourg?—Sí señor, le respondí aturrido por su apóstrofe.—Y yo, repuso él, poco menos que echando espuma por la boca, soy el último jefe de vuestra familia; soy el abad de Chateaubriand de La Guerande; miradme bien.» El orgulloso abate metió la mano en el bolsillo de sus viejos calzones de pana, sacó un escudo de seis francos enmohecido y envuelto en un grasiento papel, y arrojándomele á la cara continuó su ruta á pié, rezando maitines, con aire incomodado. Despues he sabido que el príncipe de Condé habia ofrecido á este vicario mayúsculo el preceptorado del duque de Borbon. Picado el abate de semejante ofrecimiento, respondió que el príncipe, poseedor de la baronía de Chateaubriand, debia saber que los herederos de esta baronía podian tener preceptores, pero no serlo jamás de nadie. Esta altanería era el defecto capital de mi familia: mi padre la poseía en tan alto grado, que casi se hacia odioso; mi hermano la llevaba hasta el ridículo:

(1) De Bonaparte y los Borbones.

(Nota de Ginebra de 1831.)

su hijo mayor heredó algo de ella. No estoy seguro, á pesar de mis inclinaciones republicanas, de haberme librado de este defectillo; pero si lo estoy de que he procurado ocultarlo con el mayor esmero.

PRIMERA COMUNION.—MI SALIDA DEL COLEGIO DE DOL.

Aproximábase la época en que yo debia recibir mi primera comunión, acontecimiento en el cual se decida en la familia sobre el estado futuro de un muchacho. Esta ceremonia religiosa equivalia entre los cristianos á la investidura del traje viril de los ciudadanos de Roma. Mad. de Chateaubriand habia querido asistir á la primera comunión de un hijo que, despues de haberse unido á su Dios, iba á separarse de su madre.

Mi piedad parecia sincera; mi conducta tenia edificado á todo el colegio; mis miradas eran ardientes, y mis repetidos ayunos empezaban á inspirar alguna inquietud á mis maestros. Temíase que mi devoción fuese ya excesiva, y se trataba de moderar mi fervor por medio de una religion ilustrada.

Era mi confesor el superior del seminario de los Eudistas, hombre de cincuenta años, y de un aspecto rígido, el cual me interrogaba con ansiedad tantas cuantas veces me presentaba ante el tribunal de la penitencia. Sorprendido de la leñidad de mis pecados, no sabia cómo conciliar mi turbacion con la poca importancia de los secretos que en su seno depositaba. Las preguntas del religioso iban haciéndose mas apremiantes á medida que se acercaba la Pascua Florida. «¿No me ocultais nada?» me decia. Yo le respondia siempre: «No, padre mio.—¿No habeis cometido tal ó cual pecado?»—No, padre mio.» Y nunca salia de aquí. Despedíame entonces dudando, suspirando, y lanzándome unas miradas que parecian querer penetrar hasta el fondo de mi alma, al paso que yo me separaba de su lado desfigurado y pálido como un criminal.

La noche anterior al Miércoles Santo, que era el día en que debia yo recibir la absolucion, la pasé rezando y leyendo con terror el libro de *Las Confesiones mal hechas*. El miércoles, á las tres de la tarde, partí para el seminario, acompañado de mis padres. Toda la fama y vano esplendor que ha adquirido despues mi nombre no hubiera dado á Mad. de Chateaubriand un solo instante de orgullo semejante al que tuvo como cristiana y como madre cuando vió á su hijo dispuesto para participar del gran misterio de la religion.

Así que llegué á la iglesia, me prosterné ante el altar, y permanecí como anonadado. Cuando me levanté para ir á la sacristía, donde me esperaba el superior, mis rodillas temblaban, y no pude pronunciar el *Confiteor* al echarme á los pies del sacerdote, sino con voz muy conmovida. «Vamos, hijo mio, me dijo el hombre de Jesucristo: ¿no habeis olvidado nada?» Yo permanecí silencioso. Volvió á dirigirme las mismas preguntas de siempre, y mi boca pronunció el fatal *no, padre mio*. El sacerdote se quedó abismado en una meditacion profunda; rogó á aquel que confirió á los apóstoles el poder de atar y desatar las almas que le inspirara, y haciendo un esfuerzo sobre sí mismo, se preparó para darme la absolucion.

Un rayo que hubiese lanzado el cielo sobre mí me hubiera causado en aquel instante menos espanto: «¡Esperad, padre mio, exclamé; no lo he dicho todo!» Aquel terrible juez; aquel delegado del árbitro supremo, cuyo semblante me inspiraba tanto temor, se convirtió en el pastor mas tierno, y me dijo abrazándome y vertiendo piadosos lágrimas: «¡Vamos, valor, querido hijo mio!»

No volveré á tener en mi vida un momento semejante: si me hubiesen quitado de encima el peso de una montaña, difícilmente hubiera sentido un con-

suelo igual: mi corazón lloraba de placer. Me atrevo á decir que mi honradez fue creada aquel día: ahora conozco que no sobreviviría jamás á un remordimiento: ¡qué terribles no serán los del crimen, cuando sufrí tanto por haber llamado únicamente las debilidades de un niño! Pero cuán divina no es tambien esa religion que puede enseñorearse de nuestras buenas facultades! ¿Qué preceptos de moral podrian suplir nunca á las instituciones cristianas?

Dado el primer paso en mi confesion, lo demás ya no me costó ningun esfuerzo: mis travesuras secretas, de las cuales se hubiera reído el mundo, fueron pesadas con la balanza de la religion. El sacerdote se halló bastante indeciso, y deseaba que se retardase mi comunión algun tiempo; pero yo me veia precisado á dejar el colegio de Dol y á entrar de un momento á otro en el servicio de la marina: él descubrió con gran sagacidad, por el carácter mismo de mis *travesuras juveniles*, aunque insignificantes, la naturaleza de mis inclinaciones, y penetró antes que nadie lo que yo podia ser; él adivinó tambien mis pasiones futuras, y diciéndome con franqueza lo que hallaba de bueno en mí, me predijo asimismo las desgracias que me esperaban. «Finalmente, añadió; falta tiempo á vuestra penitencia; pero habeis lavado vuestros pecados con una confesion sincera y animosa, aunque tardía.» Y alzando la mano, pronunció la fórmula de la absolucion. Esta segunda vez aquel brazo fulminante únicamente descargó sobre mí un rocío celestial; incliné la cabeza para recibirlo, y lo que entonces sentí participaba de la felicidad de los ángeles. En seguida fui á precipitarme al seno de mi madre, que me esperaba al pié del altar. Ya no parecí el mismo desde entonces á mis maestros y á mis camaradas: caminaba con ligeros pasos, alta la frente y radiantes los ojos con el triunfo del arrepentimiento.

A la mañana siguiente, Jueves Santo, fui admitido á esa ceremonia tierna y sublime, la cual he ensayado en vano describir en *El Genio del Cristianismo*. Quizás hubiera podido volver á hallar durante ella mis pequeñas humillaciones de costumbre: mi ramo de flores y mis vestidos no eran tan ricos como los de mis compañeros; pero aquel día todo fue dedicado á Dios y para Dios. Conozco perfectamente todo el valor de la fe. La presencia real de la víctima en el Santo Sacramento del altar era para mí tan perceptible como la presencia de mi madre, la cual estaba á mi lado. Cuando tocó á mis labios la sagrada forma, sentí que se iluminaba mi espíritu, y temblaba de respeto: el único presentimiento material que bullia en mi mente era el temor de profanar el pan sagrado.

Le pain que je vous propose  
Sert aux anges d' aliment,  
Dieu-lui même le compose  
De la fleur de son froment.

RACINE.

«El pan que os propongo es el mismo que comen los ángeles; Dios mismo lo hace con la flor de su trigo.»

Entonces concebí el valor de los mártires: en aquel momento hubiera podido confesar á Cristo sobre el caballete ó en medio de los leones.

Me complazco en recordar aquellas felicidades de mi alma, que precedieron algunos instantes tan solo á las tribulaciones del mundo. Comparando este fervor á los trasportes que voy á describir, y reflexionando detenidamente sobre un corazón que ha experimentado en el intervalo de tres ó cuatro años todo lo que la religion y la inocencia tienen de mas dulce y saludable, y las pasiones de mas seductor y mas funesto, se podrá escoger entre ambos goces, y ver por cuál lado es preciso buscar la felicidad, y el reposo principalmente.

Tres semanas despues de mi primera comunión salí

del colegio de Dol. Todavía conservo recuerdos agradables de aquella casa: nuestra infancia deja siempre algo en los lugares por ella embellecidos, á la manera que una flor comunica su perfume á los objetos que con ella se han rozado. Todavía me enternezco hoy al pensar en la dispersion de mis primeros maestros y condiscípulos. El abate Leprince, que obtuvo un beneficio en las cercanías de Rouen, vivió poco; al abate Egault le dieron un curato en la diócesis de Rennes, y he visto morir al buen rector y al abate Porcher al principio de la revolucion: era instruido, afable y de un corazón sencillo. La memoria de este oscuro Rollin será siempre querida y venerada por mí.

La Vallée-aux-Loups á fin de diciembre de 1815.

MISION EN COMBOURG.—COLEGIO DE RENNES.—VUELVO Á ENCONTRAR Á GESRIL.—MOREAU, LIMOELAN.—CASAMIENTO DE MI TERCERA HERMANA.

En Combourg hallé nuevos motivos para dar pábulo á mi piedad; habia mision, y seguí los ejercicios. Recibí la confirmacion sobre la gradería del castillo, y, como una porcion de aldeanos y aldeanas, de mano del obispo de Saint-Malo. Despues de esto se erigió en aquel sitio una cruz, y ayudé á sostenerla mientras que la fijaban sobre su base. Esta cruz existe todavía, y se halla colocada enfrente de la torre donde murió mi padre: treinta años hace ya que no ha visto asomarse á nadie á las ventanas de la torre, y que no la ha saludado ninguno de los muchachos del castillo; todas las primaveras los espera en vano, y únicamente vi venir á las golondrinas, compañeras de mi infancia, las cuales son mas fieles á su nido que el hombre á su casa. ¡Feliz yo si hubiese vivido siempre al pié de la cruz de la mision, y si mis cabellos hubieran encanecido tan solo por el tiempo que ha cubierto de musgo los brazos de la misma!

A los pocos dias de mi permanencia en el castillo, partí para Rennes, donde debia continuar mis estudios y acabar mi carrera de matemáticas, para ir en seguida á Brest á sufrir el exámen de guardia marino.

El rector del colegio de Rennes era Mr. de Fayolle. En este Juilly de la Bretaña habia tres profesores distinguidos; el abate de Chateaugiron, que explicaba segundo año; el abate Germé, para retórica, y el abate Marchand, para física. Los colegiales internos y externos eran numerosos, y las clases, de consiguiente, muy concurridas. En los últimos tiempos, Gofredo y Ginguévé, alumnos de este colegio, hubieran hecho honor á Santa Bárbara y al Plessis. El caballero de Parvy habia estudiado tambien en Rennes, y yo heredé su habitacion.

Rennes me parecia una Babilonia, y el colegio un mundo. La multitud de maestros y de estudiantes, y la extension del edificio, del jardin y de los patios, me parecian desmesuradas; poco tardé sin embargo en habituarme á esto. Cuando llegaba el cumpleaños del rector, teniamos unos cuantos dias de asueto, y cantábamos en alabanza suya versos de nuestra cosecha, del tenor siguiente;

! O Terpsichore! ! ó Polymie!  
Venez, venez remplir nos vœux;  
! La raison même vous convie!

« ¡Oh Terpsicore, oh Polimnia! venid á cumplir nuestros votos; ¡la razon misma es quien os invita á ello!»

Al poco tiempo adquirí sobre mis nuevos camaradas el ascendiente que habia tenido en Dol sobre mis antiguos compañeros: verdad es que me costó algunos tropozos. Los bretones tienen el genio un poco ás-

pero : enviábase carteles de desafío para los días de paseo en los bosques del jardín de Benedictinos, llamado el *Tabor* : para llevarlos á cabo , nos valíamos de los compases de matemáticas atados al extremo de una caña , ó luchábamos cuerpo á cuerpo , de un modo mas ó menos felón ó cortés , según la gravedad del duelo. Había jueces de campo , los cuales arreglaban las diferencias y decidían el modo con que habían de usar de las manos los campeones. El combate no cesaba hasta tanto que una de las dos partes se confesaba vencida. En este colegio volví á encontrar á mi amigo Gesril , el cual presidía , como en Saint-Malo , esta clase de lances. Un día se empeñó en ser mi padrino en el que tuve con Saint-Riveul , jóven hidalgo , que fue la primera víctima de la revolución : caí debajo de mi adversario ; no quise rendirme , y pagué caro mi orgullo. Yo decía , como Juan Desmarets cuando iba al cadalso : « Yo no pido gracia á nadie , mas que á Dios. »

En el colegio de Rennes conocí tambien á dos hombres que obtuvieron despues una celebridad diferente ; Moreau , el general , y Limoelan , autor de la máquina infernal y sacerdote actualmente en América. Únicamente existe un retrato de Lucila , y esta miniatura detestable era de Limoelan , el cual llegó á hacerse pintor durante los desastres revolucionarios. Moreau era externo y Limoelan pensionista. Difícilmente se habrán visto en una misma época , en una misma provincia , en una misma ciudad , y en un mismo colegio , dos destinos tan singulares. No puedo resistir al deseo de referir una jugaretta de estudiante que le hizo al director de semana mi camarada Limoelan.

El director tenia costumbre de rondar por los corredores despues que todo el mundo habia ido á acostarse , para ver si la gente andaba derecha : al efecto iba mirando de puerta en puerta por el agujero de la llave. Limoelan , Gesril , Saint-Riveul y yo dormíamos en un mismo cuarto.

D' animaux malfaisants c'était un fort bon plat.

« Este era un buen guisado de animales dañinos. »

En vano habíamos tapado el agujero con papel una porcion de veces : el director nos lo echaba abajo , y nos sorprendía saltando sobre las camas y haciendo pedazos las sillas.

Una noche manifestó empeño Limoelan de que nos acostásemos y apagásemos la luz , sin querer participarnos su proyecto. Al poco rato le oímos levantarse , ir hacia la puerta , y volverse en seguida á la cama. Escasamente habria pasado un cuarto de ora , cuando sentimos los pasos del director , que se acercaba de puntillas á nuestro cuarto. Como tenia fundados motivos para sospechar de nosotros , se detuvo á la puerta : estaba en acecho ; miró por la cerradura , no vió luz , y...

« ¡ Quién ha hecho esto ! » exclamó precipitándose en el cuarto. Al ver á Limoelan , que estaba ahogándose de risa , y al oír á Gesril decir con voz nasal y de una manera entre cándida y truhanesca : « ¡ Pues qué sucede , señor director ? » Saint-Riveul y yo no pudimos menos de soltar el trapo á reír , y nos rejujamos con nuestras mantas.

En vano trataron de hacernos confesar la verdad ; fuimos unos héroes. El director decretó nuestro arresto , y nos condujeron presos á la bodega. Saint-Riveul socavó la tierra por debajo de una puerta que daba á un corral , metió la cabeza por el agujero , y á poco mas fenece entre los colmillos de un marrano : Gesril recorrió las bodegas del colegio , y echó á rodar un tonel de vino. Limoelan demolió una pared , y yo , nuevo Perrin Dandin , me encaramé á una rejilla y amotiné á la canalla de la calle con mis arengas. El terrible autor de la máquina infernal , jugando una tostada de pillastre á todo un director del colegio , recuerda hasta cierto punto á Cromwell , embadurnan-

do con tinta el semblante de otro regicida , que firmó despues de él la sentencia de muerte de Carlos I.

Aun cuando la educacion que se daba en el colegio de Rennes era muy religiosa , mi fervor fue debilitándose poco á poco ; el gran número de mis maestros y discípulos multiplicaba las ocasiones de distraccion ; esto no obstante seguia adelantando en el estudio de las lenguas , y llegué á ser fuerte en matemáticas , hacia las cuales tuve siempre una afición decidida ; estoy seguro de que hubiera sido un excelente oficial de marina ó de ingenieros. Para todo tenia buena disposicion : sensible á las cosas serias , como á las agradables , escribí en verso antes que en prosa : las artes me llenaban de encanto ; la arquitectura y la música las he amado con pasión. Aun cuando he sido propenso á cansarme pronto de todo , he tenido una paciencia á toda prueba para descender hasta los mas insignificantes detalles , y mi obstinacion en insistir sobre un objeto que me fatigaba ha sido siempre mas fuerte que mi disgusto. Jamás he abandonado un asunto cuando merecía la pena de ser concluido : alguno hay en pos del cual he andado quince ó veinte años de mi vida , tan lleno de ardor el último día como el primero.

La flexibilidad de mi inteligencia se veía hasta en las cosas mas secundarias ; jugaba bastante bien al ajedrez y al villar , y he sido bastante diestro para la caza y para el manejo de las armas : dibujaba regularmente , y hubiera sido un excelente cantante si hubiesen cuidado mi voz. Unido todo esto á la clase de educacion que he recibido , y á mi vida de soldado y de viajero , hace que nunca haya tenido el aire pedantesco y distraido , la falta de aplomo en sociedad , ni el desaseo de los literatos antiguos , y mucho menos la tiesura , la suficiencia , la envidia , ni la vanidad jactanciosa de los modernos escritores.

Pasé dos años en el colegio de Rennes , del cual salió Gesril diez y ocho meses antes que yo para entrar en la marina. Julia , mi hermana tercera , casó en el intermedio de estos dos años con el conde de Turey , capitán del regimiento de Condé , y se estableció con su marido en Tongéres , en donde residían ya mis dos hermanas mayores , la señora de Marigny y Quebricac. El matrimonio de Julia se celebró en Combourg : yo asistí á la boda , y en ella vi á la condesa de Tronjoly , que tan célebre se hizo por su intrepidez en el cadalso. Era prima é íntima amiga del marqués de la Rouairie , y tomó parte en su conspiracion. Todavía no habia yo visto la belleza mas que en mi familia , y me quedé absorto al contemplarla en una mujer extraña á ella. Cada paso que daba en la vida me hacia ver nuevos horizontes ; oía la voz lejana y seductora de las pasiones que se acercaban á mí , y me precipitaba al encuentro de aquellas sirenas , como atraído por una misteriosa armonía. Tenia , como el gran sacerdote de Eleusis , un incienso diferente para cada divinidad ; pero , ¿ podían los himnos que cantaba al quemar estos incienso llamarse balsamos , como las poesías del Hierophanta ?

La Vallée-aux-Loups enero de 1814.

ENVÍANME Á BREST PARA SUFRIR EL EXÁMEN DE GUARDIA MARINO.—EL PUERTO DE BREST.—VUELVO Á ENCONTRAR Á GESRIL.—LA PEROUSE.—MI REGRESO Á COMBOURG.

Despues del casamiento de Julia , partí para Brest. Mi sentimiento al salir del colegio de Rennes no fue tan grande , ni con mucho , como el que experimenté al dejar á Dol : acaso carecia ya de esa inocencia que nos lo hace ver todo de color de rosa : el tiempo habia empezado á descorrer el velo que la cubria. Sirvíome de mentor en mi nueva posicion uno de mis tíos ma-

ternos , el conde de Boistelleul , jefe de escuadra , uno de cuyos hijos , oficial muy distinguido de artillería de los ejércitos de Bonaparte , casó con la hija única de mi hermana , la condesa de Tarcy.

Quando llegué á Brest , no habia venido aun mi despacho de aspirante , que se habia retardado no sé por qué motivo. Permanecí pues en ese estado , que se llama de *suspirante* , y exento por ende de estudios metodizados. Mi tío me puso á pupilo en la calle de Siam con otros aspirantes , y me presentó al comandante de marina , el conde Hector.

Entregado á mí mismo por la primera vez de mi vida , en lugar de relacionarme con mis futuros camaradas , me encerré en mi solitario instinto. Mi sociedad habitual quedó reducida á mi maestro de esgrima de dibujo y de matemáticas.

Aquella mar , que debía yo volver á ver en tantas playas diferentes , bañaba en Brest la estremidad de la península armoricana : mas allá de este cabo no habia mas que un Océano sin límites y mundos desconocidos ; mi imaginacion se recreaba vagando por estos espacios. Muchas veces , sentado sobre un mástil que estaba tendido junto al muelle de Recoubance , me entretenía en mirar el activo movimiento del puerto ; á cada instante pasaban y repasaban á mi vista constructores , marineros , militares , aduaneros y presidiarios. Presenciaba el embarque y desembarque de los viajeros , las maniobras que mandaban los pilotos , los trabajos de los carpinteros y cordeleros , y la prisa que se daban los grumetes en atizar el fuego que ardia bajo las calderas , que despedían un humo espeso y el saludable olor de la breá. Corrian presurosas las gentes desde la marina á los almacenes , y vice-versa , llevando y trayendo fardos de mercancías , sacos de víveres y trenes de artillería. Veíanse por un lado una porcion de carretas que las hacían retroceder hasta la lengua del agua para recibir cargamentos , y por otro grupos de trabajadores levantando pesos enormes con palancas , mientras que las grullas bajaban de los penascos y cruzaban los terronteros los cura-muelles. Los fuertes repetían las señales ; las lanchas iban y venían con rapidez , y los buques que entraban en el puerto se cruzaban con los que estaban aparejando para darse á la vela.

Este espectáculo aglomeraba en mi espíritu una multitud de ideas vagas sobre la sociedad y sobre sus males y sus bienes : apoderábase de mí una tristeza inexplicable , y dejando el mástil en que me hallaba sentado , me subía al Penfeld , el cual parece que va á desplomarse sobre el puerto , y llegaba á un recodo desde donde se pierde de vista el mar. En este sitio , desde el cual no se descubria mas que un valle pantanoso , si bien se percibían el confuso murmullo de las olas y las voces de los hombres , me tendía al borde de la ria , y pasaba horas enteras mirando correr el agua , siguiendo con la vista el vuelo de la corneja de mar , gozando con el silencio que habia en torno mio , ó prestando el oido á los golpes del martillo del calafate. Cuando el estrépito del cañon de un buque que se daba á la vela , venía en alas del viento á sacarme de esta contemplacion , me estremecía todo , y humedecían mis ojos las lágrimas.

Un día me dirigí paseando hacia el extremo exterior del puerto , por la orilla del mar : hacia mucho calor , y habiéndome tendido sobre la arena , me quedé dormido. Despertóme de repente un majestuoso estruendo ; abrí los ojos , y se ofreció á mi vista un espectáculo semejante al que presencié Augusto en los surgideros de Sicilia , despues de la victoria de Sesto Pompeyo ; sucedíanse con rapidez los disparos de artillería ; la rada estaba plagada de navíos : la gran escuadra francesa verificaba su entrada en el puerto despues de haberse firmado la paz. Los buques maniobraban á velas desplegadas , se cubrían de fuego , enarbolaban sus pabellones , presentaban la popa , la

proa , el flanco , y se detenían echando el áncora en medio de su carrera , ó continuaban volteando sobre las olas. Nada me habia dado hasta entonces una idea tan elevada del espíritu humano ; en aquel momento no parecia sino que el hombre habia recibido prestada la omnipotencia de aquel que dijo á la mar : « No pasarás de aquí. » *Non procedes amplius.*

Todo Brest corrió á presenciar tan magestuosa escena. Destacáronse de la flota una multitud de lanchas con direccion al muelle. Los oficiales que venían en ellas traían el semblante tostado por el sol , tenían ese aire extranjero peculiar á todos los que llegan de otro hemisferio , y un no sé qué de alegre , arrogante y orgulloso , que revelaba á los hombres que acababan de restablecer el honor del pabellon nacional. ¡ Aquel cuerpo de marina de tan relevante mérito , tan ilustre ; aquellos compañeros de los Suffren , de los Lamothe-Piquet , de los del Couedic , y de los d'Estaing , que escaparon incólumes de los golpes del enemigo , debían sucumbir á los golpes de los franceses !

Hallábame viendo desfilar á la valerosa tropa , cuando uno de los oficiales , que se separó de sus camaradas , se acercó á mí , y me echó los brazos al cuello : era Gesril. Mi compañero de colegio habia crecido bastante ; pero estaba pálido y debil de resultados de una estocada que habia recibido en el pecho. Aquella misma tarde salió de Brest para restituirse á su familia ; y desde entonces no volví a verlo sino una sola vez , poco tiempo antes de su muerte heroica : mas adelante diré cómo y cuando. La aparicion y repentina marcha de Gesril me decidieron á tomar una resolucion , que cambió el curso de mi vida : estaba escrito que aquel jóven habia de tener un imperio absoluto sobre mi destino.

Véase , pues , de qué modo se iba formando mi carácter , el giro que tomaban mis ideas , y cuáles fueron los primeros golpes que recibió mi genio , del cual puedo hablar como de una desgracia , haya sido vulgar ó extraordinario , y merezca ó no merezca el nombre que le doy , á falta de otra palabra mas comprensible. Si yo no hubiese sido tan distinto de los demás hombres , seria mucho mas feliz ; aquel que , sin desquitarme completamente del raciocinio , hubiera llegado á matar lo que se llama mi talento , me hubiera hecho un gran favor , y tendria incontestables derechos á mi amistad.

Quando el conde de Boistelleul me llevaba á casa de Mr. Hector , oía referir sus campañas á los marinos viejos y jóvenes , y hablar de los países que habían recorrido : el uno acababa de llegar de la India , y el otro de la América : este iba á aparejar para dar la vuelta al mundo , y aquel se aprestaba para visitar las costas de la Grecia. Mi tío me enseñó á la Perouse , nuevo Cook , cuya muerte es el secreto de las tempestades. Yo lo escuchaba y lo miraba todo sin decir una palabra ; pero á la noche siguiente huyó de mis párpados el sueño , y la pasé pensando en los combates y en el descubrimiento de países desconocidos.

Fuese por lo que fuese , lo cierto es que al ver marchar á Gesril á casa de sus padres , me ocurrió la idea de que nadie me impedía á mí hacer lo mismo. El servir en la marina me hubiera gustado extraordinariamente si la independencia de mi carácter no me hubiese alejado de toda clase de servicio ; la obediencia era para mí punto menos que imposible. Tenia una afición decidida á los viajes ; pero estaba seguro que no me gustarian sino haciéndolos solo y siguiendo mi capricho. Finalmente , una mañana , dando la primera prueba de mi inconstancia , sin avisar á mi tío Ravenel , sin escribir á mis padres , sin pedir á nadie permiso , y sin aguardar mi despacho de aspirante , partí para Combourg , donde llegué como llovido del cielo.

Todavía no acierto á explicarme en la actualidad cómo me atreví á tomar tan temeraria resolución, siendo tan grande el miedo que me inspiraba mi padre; pero lo que hubo en esto de mas sorprendente fue la manera con que me recibieron. En lugar de los arrebatos de cólera que yo esperaba, encontré bondad y dulzura. Mi padre se contentó con sacudir la cabeza de un lado á otro, como si hubiera querido decirme: «No me disgusta la calaverada.» Mi madre me abrazó refunfuñando, pero de todo corazón, y mi Lucila con un trasporte de verdadera alegría.

Montboissier julio de 1817.

PASEO.—APARICION DE COMBOURG.

Desde la última fecha de estas memorias, en la Vallée-aux-Loups (enero de 1814), hasta la de hoy, en Montboissier (julio de 1817), han transcurrido tres años y diez meses. ¿Habeis oído caer el imperio? No; nada ha turbado el reposo de estos lugares. El imperio, sin embargo, se ha hundido en el abismo: sus ruinas inmensas se han desplomado sobre mi vida, como esos restos romanos que interrumpen el curso de un ignorado arroyuelo. Pero los sucesos importan poco para aquellos que no sufren sus consecuencias; algunos años escapados de la mano del Eterno harán justicia de todos estos rumores, condenándolos á un silencio sin fin.

El libro precedente fue escrito bajo la espirante tiranía de Bonaparte y á la luz de los últimos destellos de su gloria: el actual empiezo á escribirlo bajo el reinado de Luis XVIII. He visto á los reyes muy de cerca, y mis ilusiones políticas se han desvanecido como las quimeras mas halagüeñas, cuya narracion voy á continuar. Digamos primero lo que me obliga á tomar la pluma. El corazón humano es juguete de todo, y seria difícil prever qué circunstancia frívola causa sus goces ó sus sentimientos. Montaigne lo ha notado: «No es necesario que haya causa conocida, ha dicho este célebre escritor, para agitar nuestra alma; una ilusion, una quimera, la conmueve y subyuga sin motivo alguno.»

Hállome al presente en Montboissier y en los confines de la Beauce y del Perche. El castillo de estos dominios, de la pertenencia de la señora condesa de Montboissier, fue vendido y demolido durante la revolución: únicamente quedan de él dos pabellones, separados por una verja, los cuales constituían en otro tiempo la habitacion del conserje. El parque, trazado á la inglesa actualmente, conserva todavía algunos rasgos de su antigua regularidad francesa: sus calles, rectas y perfectamente alineadas, y sus sotos, formando cuadros de olmedillas, le comunican un aspecto grave; hoy se detiene el viajero á contemplarlos con el mismo placer que inspira una ruina.

Ayer tarde estuve paseando en él, enteramente solo: el cielo se parecía á un cielo de otoño, y soplaban por intervalos un viento frio. Detúveme un rato en una abertura que formaba la maleza para mirar al sol que iba escondiéndose entre las nubes por encima de la torre de Alluye, desde la cual, Gabriela, que la había habitado en otro tiempo, presencié el ocaso del mismo sol hace doscientos años. ¿Qué ha sido de Gabriela y de Enrique? Lo que será de mí cuando vean la luz estas memorias.

El gorgojo de un tordo que se hallaba empingorotado en las ramas mas altas de un álamo vino á sacarme de estas reflexiones. Sus mágicos acentos hicieron reaparecer al instante á mis ojos el dominio paternal; olvidé las catástrofes do que acababa de ser testigo, y trasportándome súbitamente á lo pasado, volví á ver los campos donde tantas veces había oído los delicio-

sos cánticos de aquella ave. Cuando los escuchaba en aquella época, estaba triste como hoy lo estoy; pero aquella tristeza procedia de ese vago deseo de felicidad que nos aqueja cuando somos jóvenes é inexpertos, y mi tristeza actual proviene del conocimiento y apreciacion de las cosas. El cántico del tordo en los bosques de Combourn me hacia pensar en una felicidad que creia conseguir algun dia, y el mismo cántico, en el parque de Montboissier, me recordaba los dias perdidos en persecucion de aquella felicidad inasquible. Ya no me queda nada que aprender: he caminado mas ligero que otros, y he dado la vuelta de la vida. Las horas huyen arrastrándome en pos de sí, y no tengo siquiera la certidumbre de poder acabar estas memorias. He principiado á escribirlas en una porcion de lugares distintos. ¿Dónde las acabaré? ¿Cuánto tiempo permaneceré paseándome al lado de los bosques? Aprovechemos, pues, los instantes que nos restan; quiero apresurarme á pintar mi juventud, ahora que toco todavía en ella: el navegante, al dejar una playa querida, escribe su diario al frente de la tierra que abandona y que va á desaparecer pronto de su vista.

COLEGIO DE DINAU.—BROUSSAIS.—VUELVO Á CASA DE MIS PADRES.

Ya he referido mi regreso á Combourn, y la acogida que me hicieron mi padre, mi madre, y mi hermana Lucila.

El lector no habrá olvidado probablemente que mis otras tres hermanas se habían casado, y que vivían en las posesiones de sus nuevas familias, en los alrededores de Tongéres. Mi hermano, cuya ambicion empezaba á desarrollarse, estaba mas frecuentemente en París que en Rennes; habiendo comprado una plaza de agente fiscal, la volvió á vender para entrar en la carrera militar, y fue destinado al regimiento *real de caballeria*; hicieronlo despues agregado del cuerpo diplomático, y estuvo con el conde de Lucerne en Londres, en donde se encontró con Andrés Chénier: cuando estallaron nuestras turbulencias, tenía probabilidades de obtener la embajada de Viena; mas tarde solicitó la de Constantinopla; pero halló un rival temible en Mirabeau, á quien prometieron esta embajada en premio de su adhesion al partido de la corte. Mi hermano habia salido de Combourn pocos dias antes de mi llegada al castillo.

Mi padre, apoltronado en él, no salia jamás, ni aun durante la reunion de los Estados. Mi madre iba todos los años por Pascua Florida á pasar seis semanas en Saint-Malo, y esperaba este momento como el de su libertad, porque detestaba á Combourn. Un mes antes de emprender el viaje se hablaba de él como de una empresa arriesgada, se hacían preparativos y se dejaban descansar los caballos. La víspera del dia de marcha se acostaba todo el mundo á las siete de la noche para levantarse á las dos de la madrugada. Mi madre se ponía en camino á las tres, llena de júbilo, y empleaba todo el dia para hacer una jornada de doce leguas.

Lucila, que habia sido recibida canonesa en el capitulo de la Argentiére, debía trasladarse al de Remiremont, y esperaba, sepultada en el campo, la concesion de esta gracia.

Por mi parte significué mi voluntad, despues de la escapatoria de Brest, de abrazar el estado eclesiástico; la verdad es que mi único objeto era ganar tiempo, porque ignoraba lo que queria. Enviaronme al colegio de Dinau á concluir las humanidades, y sabia el latin mejor que mis maestros; pero en cambio empecé á estudiar el hebreo. El rector del colegio era el abate de Rouillac, y el abate Duhamel mi profesor.

Dinau, poblada de seculares árboles, y defendida por viejos torreones, está situada en una posicion muy pintoresca sobre una colina, al pié de la cual corre el Rauce, que desagua en el mar, y desde donde se dominan una porcion de valles cubiertos de arbolado. Las aguas minerales de Dinau no dejan de tener alguna fama. Esta ciudad, llena de recuerdos históricos, y patria de Duclas, mostraba entre sus antigüedades el corazón de Duguesclin: polvo heroico, que, habiendo permanecido oculto durante la revolución, corrió el riesgo de ser molido para hacer pintura: ¿seria su ánimo destinarla á los cuadros de las victorias que alcanzó contra los enemigos de la patria?

Mr. Broussais, mi compatriota, estudió conmigo en Dinau: en la estacion del verano conducían al baño á los colegiales todos los jueves, como á los clérigos en el pontificado de Adriano I, ó todos los domingos, como á los prisioneros en tiempo del emperador Honorio. Una vez estuve á punto de ahogarme. Mr. Broussais fue atacado otro dia por una porcion de sanguijuelas *imprevisoras* que le dieron un mal rato. Dinau se halla situada á igual distancia de Combourn y de Plancouet; yo iba alternativamente á ver á mi tío de Bedée á Monchoix, y á Combourn á visitar á mi familia. Mr. de Chateaubriand, que creia mas económico el retenerme á su lado, y mi madre, que deseaba que persistiese en mi vocacion religiosa, si bien tenía escrúpulos de impelerme á ella, no insistieron mas sobre mi residencia en el colegio, y me hallé por lo tanto instalado insensiblemente en el hogar paterno.

Yo me complacería en recordar las costumbres de mis padres, aun cuando no fuese mas que por rendir un tributo á su memoria; pero voy á reproducir este cuadro con tanto mas gusto, cuanto que estoy seguro de que parecerá calcado sobre las viñetas de los manuscritos de la edad media: del tiempo presente á los tiempos que voy á describir, hay siglos de distancia.

Montboissier julio de 1817.

Revisado en diciembre de 1846.

VIDA EN COMBOURG.—DISTRIBUCION DEL DIA Y DE LA NOCHE.

A mi regreso de Brest habitaban en el castillo de Combourn cuatro individuos de la familia (mi padre, mi madre, mi hermana y yo). Una cocinera, una doncella, dos lacayos y un cochero, componían toda la servidumbre; en un rincon de las caballerizas estaban atadas dos yeguas viejas y un perro de caza. Estos doze seres vivientes desaparecían en una vivienda, en la cual estarían muy anchos cien caballeros con sus damas, sus escuderos, sus lacayos y sus palafrenes, y la trabajaba de perros del rey Dagoberto.

Ningun forastero se presentaba en el castillo en el discurso del año, exceptuando algunos nobles, el marqués de Montonet y el conde de Goyon-Beaufort, los cuales pedían hospitalidad cuando iban á París á pleitear en el parlamento. Regularmente solían pasar por Combourn en invierno á caballo, con pistolas en el arzon, armados de un cuchillo de monte, y escoltados por un lacayo, que iba á caballo también, y el cual llevaba á la grupa una abultada maleta de libra.

Mi padre, cumplimentero y ceremonioso en grado heroico y eminente, salía á recibirlos con la cabeza descubierta hasta la gradería, arrostrando la lluvia y el viento. Conduciales á las habitaciones del castillo, y los hidalgos referían entonces sus campañas de Hannover, hablaban de sus asuntos de familia, y hacían la historia de su pleito. Por la noche los acompañaba

mi padre hasta la habitacion de la reina *Cristina*, situada en la torre del Norte, cámara de honor en la cual habia un lecho de siete piés de ancho y otros tantos de largo, con cortinas dobles de gasa verde y seda carmesí, y sostenido por cuatro amores dorados. A la mañana siguiente, cuando bajaba yo á la gran sala y miraba por las ventanillas el campo inundado, ó cubierto de escarcha, únicamente veía dos ó tres viajeros sobre la calzada solitaria del estanque, los cuales eran nuestros huéspedes, que iban cabalgando hacia Rennes.

Estos forasteros solían no estar muy al corriente de las cosas de la vida; pero nuestra prevision atendía á sus necesidades hasta algunas leguas mas allá del horizonte de nuestros bosques. Desde el momento en que salían del castillo, volvíamos á quedar reducidos al círculo de familia los días de trabajo, y los domingos á la sociedad de algunos plebeyos de la aldea y de los hidalgos de las inmediaciones.

Los días de fiesta, cuando hacia buen tiempo, mi madre, Lucila y yo nos dirigíamos á la parroquia por un camino campestre que atravesaba el pequeño Mallo: cuando llovía íbamos por el detestable camino de Combourn; pero nuestro pesado carruaje no iba tirado, como el ligero carricoche del abate Marolles, por cuatro caballos blancos, cogidos á los turcos en Hungría. Mi padre no bajaba á la parroquia mas que una vez al año, por Pascuas; los demás días oía misa en la capilla del castillo. Colocados en el banco señorial, recibíamos el incienso y las preces que se hacían en frente del sepulcro de mármol negro de Renato de Rohan, situado al pié del altar mayor: á esto quedan reducidos los honores del hombre: ¡algunos granos de incienso quemados ante un ataúd!

Las distracciones del domingo terminaban con el día, y no eran metódicas. Durante el invierno se pasaban meses enteros sin que llamase criatura humana á las puertas de nuestra fortaleza. Si la tristeza que reinaba en los matorrales de Combourn era grande, todavía era mucho mayor la que reinaba en el castillo: al penetrar bajo aquellas bóvedas se experimentaba la misma sensacion que al entrar en la cartuja de Grenoble. Cuando visité esta en 1805, atravesé un desierto, que iba dilatándose á medida que yo avanzaba, el cual creí que terminaría en el monasterio; pero los jardines de la cartuja, que estaban tocando á las paredes del convento, se hallaban mas abandonados aun que los bosques. Finalmente, en el centro del monumento hallé, envuelto entre los pliegues de aquellas soledades, el antiguo osario de los cenobitas, santuario desde el cual extendía su poder el silencio eterno, divinidad de aquel lugar, sobre las montañas y selvas circunvecinas.

El humor insociable y taciturno de mi padre aumentaba la silenciosa calma de Combourn. En lugar de reunir su familia y sus criados en torno suyo, los había dispersado, relegándolos á los diversos ángulos del edificio. Tenía su dormitorio en la torre de Este, y su gabinete en la del Oeste. Los muebles de esta habitacion consistían en tres sillas de baqueta y una mesa cubierta de títulos y pergaminos. Un árbol genealógico de la familia de los Chateaubriand servía de tapiz al lienzo de la pared donde estaba la chimenea, y en el hueco de una ventana se veían armas de todas clases, desde la pistola hasta la espingarda. La habitacion de mi madre, situada encima de la gran sala, entre las dos torrecillas, estaba entarimada y adornada con espejos de Venecia de dobles labores. Mi hermana habitaba un gabinete contiguo al de mi madre. La doncella dormía lejos de sus señoras, en el cuerpo del edificio donde estaban las torres grandes. Yo tenía mi nicho en una especie de celda aislada en lo alto de la torre de la escalera, que facilitaba la comunicacion del patio interior con las diversas partes del castillo. Debajo de esta escalera, y en una especie de cue-

vas abovedadas, dormían el ayuda de cámara de mi padre y los cocheros: la cocinera guarnecía la gran torre del Oeste.

Mi padre se levantaba á las cuatro de la mañana, lo mismo en verano que en invierno, y lo primero que hacía era dirigirse al pié de la escalera del patio interior, desde donde llamaba á su ayuda de cámara. A las cinco le servían el café, y despues permanecía trabajando en su gabinete hasta el medio dia. Mi hermana y mi madre se desayunaban en sus respectivas habitaciones á las ocho de la mañana. Yo no tenía hora fija para levantarme ni para el desayuno: hacia como que estudiaba en mi cuarto hasta el medio dia; pero en realidad no hacia nada la mayor parte del tiempo.

A las once y media se tocaba á comer, y nos sentáramos á la mesa á las doce en punto. La gran sala servía á la vez de comedor y de salon de recibo: comíamos y cenábamos en el extremo del Este, y cuando se levantaba la mesa íbamos á colocarnos al extremo opuesto, ante una enorme chimenea. Esta habitacion tenia artonados de madera, estaba pintada de blanco mate, y adornada de antiguos retratos de familia, desde el reinado de Francisco I hasta el de Luis XIV; entre estos retratos llamaban la atención los de Condé y Turenna; encima de la chimenea habia un cuadro que representaba á Hector, muerto por Aquiles al pié de los muros de Troya.

Despues de comer permanecía la familia reunida hasta las dos, á cuya hora, si era en el verano, se divertía mi padre en pescar, ó salía á dar una vuelta por los jardines, extendiendo sus paseos á la distancia del vuelo de un capon; si era en invierno ó en otoño, se iba de caza, y mi madre se retiraba á la capilla, donde permanecía algunas horas haciendo oracion. Esta capilla era un oratorio sombrío, adornado con magníficos cuadros de los mejores pintores, que nadie creeria hallar en un castillo feudal situado en el fondo de la Bretaña. Actualmente tengo en mi poder una *Santa familia* del Albano, pintada en cobre, y cuyo cuadro, que fue sacado de la capilla, es la única prenda que me queda de Combourg.

Despues que se marchaba mi padre de caza y se iba mi madre á rezar, Lucila se encerraba en su cuarto, y yo me dirigía á mi celdilla ó salía á correr por el campo.

A las ocho se anunciaba la cena á toque de campana; y si hacia buen tiempo, salíamos despues un rato á sentarnos en la gradería. Mi padre, armado de su escopeta, tiraba á los mochuelos que salían de las almenas al anochecer. Mi madre, Lucila y yo nos entreteníamos en mirar el cielo, los bosques, los últimos rayos del sol y las primeras estrellas. A las diez entrábamos en el castillo y nos íbamos á acostar.

Las noches de otoño y de invierno las pasábamos de muy diferente modo. Concluida la cena, y restituidos los cuatro individuos de la familia á la chimenea, mi madre se dejaba caer suspirando sobre un viejo sillón, y le ponían delante un velador con una bujía. Lucila y yo nos sentábamos junto al fuego; los criados alzaban la mesa, y se retiraban en seguida. Mi padre empezaba entonces á pasearse á lo largo de la sala, y estos paseos duraban hasta la hora de acostarse. Vestía un traje de retina blanca, ó mas bien una especie de capa, que no he visto á nadie mas que á él. Llevaba cubierta su cabeza medio calva con un gorro blanco acabado en punta. El salon, alumbrado por una sola bujía, estaba tan oscuro, que cuando se alejaba paseando de la chimenea, no se le veía; únicamente se oía en las tinieblas el ruido de los pasos: despues venía lentamente hacia la luz, y su pálido semblante iba destacándose poco á poco de la oscuridad como un espectro. Lucila y yo cambiábamos algunas palabras en voz baja cuando se hallaba al otro extremo del salon, y callábamos cuando se acercaba hacia donde nosotros estábamos. Al pasar junto á nosotros, nos

decía: «¿De qué hablabais?» Lucila y yo enmudecíamos de terror, y él continuaba sus paseos. En lo restante de la velada ninguna otra cosa turbaba el silencio del castillo, á excepcion del ruido mesurado de sus pasos, los suspiros de mi madre y el zumbido del viento.

Cuando el reloj del castillo daba las diez, mi padre hacia alto, como si detuviera sus pasos el mismo resorte que levantaba el martillo del reloj; sacaba en seguida el suyo de la faltriquera, le daba cuerda, cogía un enorme candelero de plata, en el cual ardia una gran bujía, entraba un momento en la torrecilla del Oeste, volvía despues con el candelero en la mano, y se dirigía á su dormitorio, que, como hemos dicho, estaba en la torrecilla del Este. Lucila y yo salíamos á su encuentro, y le abrazábamos dándole las buenas noches; inclinaba hacia nosotros su enjuta mejilla, sin responder ni una sola palabra; continuaba su marcha, y se retiraba á la torre, cuyas puertas oíamos cerrar en pos de él.

El talisman perdía entonces sus virtudes; mi madre, mi hermana y yo, transformados en estatuas por la presencia de mi padre, recobrábamos las funciones de la vida. Los primeros efectos de nuestro desencantamiento se manifestaban por un turbion de palabras: si el silencio nos habia oprimido, tambien nos lo pagaba bien caro.

Así que pasaba aquel torrente de palabras, llamaba á la doncella, y conducía á mi hermana y á mi madre á su habitacion. Antes de retirarme me hacían mirar debajo de las camas y detrás de las puertas, y registrar las chimeneas, la escalera, los pasadizos y los corredores inmediatos. Todas las tradiciones del castillo, referentes á espectros y ladrones, se les venían á la memoria. Los habitantes de la aldea estaban muy persuadidos de que un cierto conde de Combourg, que tenia una pierna de palo, y que habia muerto hacia tres siglos, se aparecía en determinadas épocas, y de que lo habían encontrado en la gran escalera de la torrecilla: su pierna de palo se paseaba sola, y algunas veces con un gato negro.

Montboissier agosto de 1817.

#### MI TORREON.

Estas consejas se referían al tiempo de acostarse mi madre y mi hermana, las cuales se metían en la cama muertas de miedo; yo me retiraba á lo alto de mi torreón; la cocinera entraba en la torre grande, y los criados bajaban á su subterráneo.

La ventana de mi aposento caía al patio interior; de día la única perspectiva que se ofrecía á mis ojos eran las almenas de la cortina de enfrente, en las cuales vejetaban algunas oropéndolas y crecía un espino silvestre. Algunos vencejos, que durante el estío se metían chillando en los agujeros de las murallas, eran mis únicos compañeros. Por la noche no veía mas que un corto pedazo de cielo y algunas estrellas. Cuando brillaba la luna é iba descendiendo hacia el Occidente, me lo revelaban sus rayos, que penetraban en mi lecho á través de las grietas de la ventana. Los mochuelos que revoloteaban de un lado á otro, pasando y repasando entre la luna y yo, dibujaban en mis corinas la sombra movible de sus alas. Relegado al sitio mas desierto del edificio, próximo á la abertura de las galerías, no perdía ni el mas imperceptible murmullo de las tinieblas. El zumbido del viento se parecia algunas veces al ruido que producirían los precipitados pasos de una persona, y podia equivocarse otras con lastimeros ayes; de repente, y cuando estaba mas descuidado, crugía con violencia la puerta de mi aposento, y exhalaban los subterráneos profundos gemi-

dos; poco despues iban espirando gradualmente todos estos rumores para volver á empezar de nuevo. A las cuatro de la mañana, la voz del señor del castillo, que llamaba á su ayuda de cámara desde la entrada de las bóvedas seculares, llegaba á mis oídos como la del último fantasma de la noche. Aquella voz reemplazaba en mí la dulce armonía, al sonido de la cual despertaba á su hijo el padre de Montaigne.

La tenacidad del conde de Chateaubriand en obligar á un muchacho á dormir solo en lo alto de una torre podia tener sus inconvenientes; pero esto redundó, por el contrario, en provecho mio. Aquella manera violenta de tratarme me dió el valor de un hombre, sin quitarme esa sensibilidad de imaginacion, de la cual se querría privar actualmente á la juventud. En lugar de tratar de convencerme de que no habia aparecidos, se me obligó á desafiarnos. Cuando mi padre me decia con una sonrisa irónica: «¿Tendria miedo por ventura el caballero?» hubiera sido capaz de acostarme con un muerto. Cuando mi excelente madre me decia con dulzura: «Hijo mio, nada sucede en el mundo sin permiso de Dios; de consiguiente, siendo buen cristiano, nada teneis que temer de los malos espíritus,» me tranquilizaba mejor que podrían hacerlo todos los argumentos de la filosofía. Mi triunfo fue tan completo, que los vientos de la noche, que azotaban mi torre deshabitada, únicamente servían de juguete á mis caprichos y de alas á mis sueños. Mi imaginacion ardiente, que iba saltando de objeto en objeto, sin hallar pasto suficiente en ninguna parte, hubiera devorado el cielo y la tierra. Hé aquí el estado moral que es preciso describir ahora. Replegándome á mi juventud, voy á ensayar si puedo apoderarme de mi pasado, y mostrarme tal cual era entonces; época que quizás eche de menos, á pesar de los tormentos que he sufrido.

#### TRÁNSITO DEL ESTADO DE NIÑO AL DE HOMBRE.

No bien habia regresado de Brest á Combourg, cuando se verificó en mi existencia una revolucion; el niño habia desaparecido, y se mostró en su lugar el hombre, con sus goces pasajeros y sus disgustos perdurables.

Al principio, y mientras estaba aguardando á las pasiones, todo se convirtió en pasión en mí. Cuando, despues de una comida silenciosa, durante la cual no me habia atrevido á hablar, ni aun á comer siquiera, llegaba á escaparme, mis trasportes eran increíbles; no podia bajar la gradería de escalon en escalon, porque mi impaciencia me impelia á saltarlos todos de un golpe. Veíame, pues, obligado á sentarme en el primero, para dar tiempo á que se calmase mi agitacion; pero así que llegaba al Patio Verde y á los bosques, principiaba á correr, saltar, bailotear y á regocijarme, hasta que, agotadas mis fuerzas, caía al suelo jadeando y embriagado de locura y de libertad.

Mi padre solia llevarme á caza con él algunas veces; la afición que llegué á cobrar á este entretenimiento era tan extremada, que rayaba en delirio: todavía se me figuraba estar viendo el sitio en que maté la primera liebre. Muchas veces permanecía en otoño cuatro ó cinco horas metido en agua hasta la cintura por tirar á los ánades que iban á posarse á la orilla de un estanque; en la actualidad no puedo ver aun con sangre fria á un perro que se planta de muestra. Con todo, en mi primera afición á la caza, entraba por algo el deseo de independencia, saltar las zanjas, recorrer los campos, las marismas y los matorrales; y hallarme con una escopeta en un sitio desierto; es decir, con fuerza y soledad, era en mí una segunda naturaleza. Mis excursiones se alargaban tanto algunas veces, que quedaba imposibilitado de volver al castillo, y se

veían precisados los guardas á traerme en una camilla improvisada con ramas de árboles.

El placer de la caza, sin emphargo, no me satisfacía completamente: agitábame un vago deseo de felicidad que no alcanzaba á regularizar ni á comprender; mi corazón y mi espíritu acababan de formarse como dos templos vacíos, sin altares y sin víctimas; todavía se ignoraba á qué Dios se adoraría en ellos. Entre tanto seguía creciendo al lado de mi hermana Lucila; nuestra amistad formaba las delicias de nuestra vida.

#### LUCILA.

Lucila era alta y de una belleza notable, aunque grave al mismo tiempo. Sus largos cabellos negros hacían resaltar la palidez de su semblante: sus miradas, llenas de fuego unas veces y melancólicas otras, se elevaban al cielo ó vagaban en torno suyo. Su continente, su voz, su sonrisa y su fisonomía revelaban su genio sufrido é inclinado á la contemplacion.

Lucila y yo éramos enteramente inútiles el uno para el otro. Cuando hablábamos del mundo, nos referíamos al que teníamos delante, el cual se parecia muy poco al mundo verdadero. Ella veía en mí á su protector, y yo la consideraba como una amiga. Frecuentemente se apoderaban de su imaginacion pensamientos siniestros que yo no conseguía disipar sino á fuerza de mucho trabajo: á los diez y siete años deploraba la pérdida de los años de su juventud, y queria sepultarse en un claustro. Todo le era indiferente, ó le causaba penas y sentimientos: una expresion, que interpretaba á su modo, ó una quimera, que se forjaba en su imaginacion, la atormentaban meses enteros. Muchas veces la he visto, con un brazo echado sobre su cabeza, permanecer horas enteras inmóvil é inanimada en un profundo arrobamiento: cuando se retiraba al fondo de su corazón, no daba ninguna señal exterior de vida, ni se veían las palpitaciones de su seno. Su actitud, su melancolía y su severa belleza le daban el aire de un genio fúnebre. Yo intentaba entonces consolarla, y á los pocos momentos era presa tambien de una desesperacion inexplicable.

Lucila tenia extremada afición á leer á solas al anochecer en un libro devoto: su oratorio predilecto era la enrucijada de dos caminos campestres, en la cual habia una cruz de piedra y un álamo, cuya cima se elevaba al cielo como la aguja de un campanario. Mi devota madre, encantada con la conducta de su hija, decia que esta le representaba á una cristiana de la primitiva Iglesia, rezando las estaciones conocidas con el nombre de *Lauras*.

La concentracion del alma producía en el espíritu de mi hermana efectos extraordinarios: cuando dormía tenia ensueños proféticos; cuando estaba despierta, parecia que se hallaba abierto ante sus ojos el libro del porvenir. En una meseta de la escalera de la torre habia una péndola que marcaba el tiempo en silencio. Lucila iba á sentarse en sus insomnios en uno de los escalones, se colocaba en frente del reloj, y miraba la muestra á la luz de su lámpara que dejaba en el suelo: Cuando las dos agujas, unidas á media noche, daban á la luz, como resultado de su formidable maridaje, la hora de los crímenes y de los desórdenes, Lucila oía ciertos rumores que le revelaban muertes lejanas. Hallándose en París algunos dias antes del 10 de agosto con mis otras tres hermanas, que vivían junto al convento del Carmen, fijó la vista en un espejo, y exclamó dando un penetrante grito: «¡Acabo de ver entrar á la muerte!» En los espesos bosques de Caledonia, Lucila hubiera sido una de esas mujeres celestiales de Walter Scott, dotadas de segunda vista: en los matorrales de la península armoricana no era mas que una solitaria de prodigiosa belleza, de genio, y perseguida por la desgracia.